

# La vida de nosotros

Almudena Grandes

LA AUTORA DE *EL CORAZÓN HELADO* SE APOYA EN EL RECIENTE FILME *LA VIDA DE LOS OTROS*, DE VON DONNERSMARCK, PARA DEFENDER LA NECESIDAD DE UNA MEMORIA Y UNA HISTORIA DE ESPAÑA A LA ALTURA DE LAS CIRCUNSTANCIAS.

Un hombre moreno, maduro, alemán, socialista, toca el piano con una intensidad conmovedora. En el plano siguiente, otro hombre, calvo, maduro, alemán, socialista, le escucha en el desván de la misma casa y a través de unos auriculares, pero con tanta emoción que ni siquiera hace el ademán de atajar la lágrima que rueda por su mejilla. Al terminar, el hombre moreno recuerda en voz alta, para sí mismo y para la mujer que le acompaña, unas palabras de Lenin: si hubiera escuchado entera la «Appassionata» de Beethoven, no hubiera podido hacer la revolución. Ella sonríe, y él concluye que nadie capaz de escuchar la música que acaba de tocar puede ser una mala persona.

Es una escena de *La vida de los otros*, la primera película de Florian Henckel Von Donnersmarck, pero sobre todo, al menos para mí, un ejemplo más de la abrumadora superioridad moral que distingue a los creadores alemanes cuando reflexionan sobre los excesos de su propia historia colectiva. Algo muy parecido me sucedió cuando vi *El Hundimiento*, de Olivier Hirschbiegel, o al leer relatos como *El lector* de Bernhard Schlinck y, sobre todo, *El técnico de sonido*, extraordinaria novela de Marcel Beyer. En estos tres últimos casos, el referente histórico es el III Reich —en la película de Hirschbiegel y el libro de Beyer, concretamente el terminal búnker berlinés de Hitler—, mientras que *La vida de los otros* se sitúa en la RDA de los primeros años 80, donde la policía secre-

ta estatal, conocida como Stasi, sembraba micrófonos en los interruptores de las casas para escuchar todas las conversaciones de sus habitantes. Se trata de momentos y contextos históricos muy diferentes, y sin embargo las miradas de todos estos narradores sostienen las mismas virtudes. Son críticas y valientes, implacables consigo mismas y con su propio país. Son, también, conmovedoras y auténticas. Ambiguas no, aunque tienen la virtud, no menor, de confundir a los lectores y/o espectadores estúpidos.

Si *La vida de los otros* hubiera sido un producto de Hollywood, el agente de la Stasi, Gerd Wiesler, habría sido incapaz de afrontar por sí mismo el reto de su propia decencia. Alguien ajeno, extraño y seguramente extranjero, habría tenido que explicarle antes al oído lo que está bien y lo que está mal. Y, por supuesto, el escritor y pianista aficionado Georg Dreyman, habría acabado abjurando de sus errores ideológicos a grito pelado para salir a la calle con cara de loco y llamando asesinos a todos sus conciudadanos. Es decir, el bien capitalista y el mal comunista estarían nítida, incluso meridianamente definidos, pero sólo en el caso de que la película siguiera transcurriendo en la República Democrática Alemana. Para los asuntos domésticos, los cineastas norteamericanos tienen su propia manera de afrontar las emergencias morales colectivas, algo que podríamos llamar la teoría de la manzana podrida: todos son buenos, excepto el malo que, eso sí, es muy, muy, pero que muy malo. Es el punto de vista exactamente opuesto al que alienta en la sensibilidad de sus colegas alemanes, que salvan a uno solo no ya de la maldad, sino de la indolencia, de la cobardía, de la indignidad de todos y, en esa apuesta, logran salvar con él su futuro colectivo.

Más allá del tiempo y la distancia, de las peculiaridades formales, nacionales e históricas de ambas figuras, la trayectoria del capitán Wiesler evoca al anónimo protagonista del poema que Luis Cernuda tituló *1936*.

*Recuérdalo tú y recuérdalo a otros,  
Cuando asqueados de la bajeza humana,  
Cuando iracundos de la dureza humana;  
Este hombre solo, este acto solo, esta fe sola.  
Recuérdalo tú y recuérdalo a otros.*

*En 1961 y en ciudad extraña*, dice el siguiente verso. En efecto, Cernuda se encontraba en una pequeña universidad norteamericana cuando, al terminar una lectura, se acercó a saludarle un viejo combatiente de la Brigada Lincoln a quien nunca había conocido antes. La emoción que este encuentro le produjo fue tan grande, que aquella misma noche empezó a escribir este poema de final eternamente memorable.

*Gracias, Compañero, gracias  
Por el ejemplo. Gracias porque me dices  
Que el hombre es noble,  
Nada importa que tan pocos lo sean:  
Uno, uno tan sólo basta  
Como testigo irrefutable  
De toda la nobleza humana.*

Han pasado más de cuarenta y cinco años desde que Luis Cernuda escribió este poema. En aquella época, sus genuinos destinatarios, «los otros» que debían recordar y atesorar el recuerdo, el ejemplo de este hombre noble, no pudieron leerlo. En 1961, los españoles no tenían derecho a disponer de su memoria. No podían criticarla ni ejercerla, no podían discutirla ni reivindicarla, no podían ni siquiera recordar, más allá de los férreos límites de una ficción disfrazada de suprema verdad oficial. Habían pasado cosas terribles, sin duda, en nuestro país. ¿Sólo en nuestro país? No, desde luego. En muchos países de Europa pasaron cosas terribles en aquella época. Pero en 1961, la mayor parte de los europeos lo sabían, conocían sus miserias tan bien como sus grandezas. Los españoles, no.

A estas alturas, ya no tiene sentido lamentarse, pero conviene llamar a las cosas por su nombre. España es un país anormal, un país de retrasados. Los españoles somos un pueblo de retrasados sentimentales, de retrasados morales, de retrasados históricos. A lo largo del siglo XX, hemos llegado demasiado tarde a todo, porque nos atrevimos a llegar demasiado pronto a unas pocas cosas. Fuimos los más revolucionarios, los más progresistas, los más modernos de la Europa del primer tercio de siglo, y siempre los más reaccionarios, los más antiguos, los más atrasados después.

Fue un destino triste e injusto, pero su dureza adquiere tintes casi dramáticos al comprobar como se proyectan sus consecuencias sobre los sentimientos y las ideas de muchos españoles que han vivido la mayor parte de su vida en democracia.

Más de treinta años después de la muerte del dictador Franco, los hechos de la vida de nuestros abuelos siguen constituyendo una materia sensible, cuando no desagradable, para muchos de sus nietos. Es curioso advertir cómo la resistencia, e incluso el rechazo frontal a la indagación en nuestra propia historia se emboza a menudo en la capa del hartazgo. Frente a la ironía, plenamente justificada desde el punto de vista sociológico, del título que Isaac Rosa ha elegido para la versión corregida de su primer libro - *¡Otra maldita novela sobre la guerra civil!*-, nos topamos con la aritmética. Las novelas, películas y series -quizás sería más exacto decir «la serie»- de televisión que han aparecido en España sobre este tema en los últimos años, representan un porcentaje mínimo de las que se han producido en Francia, o en el Reino Unido, o en Alemania, o en Estados Unidos, sobre la II Guerra Mundial, por citar un escenario histórico comparable. Además, si alguien se tomara el trabajo de hacer una lista, encontraría que los creadores contemporáneos no nos acercamos, ni de lejos, a las estadísticas de la generación que vivió el conflicto, los del exilio, por un lado, y los propagandistas de la dictadura militar por el otro. El hecho de que en nuestros días, y con independencia de su calidad, la obra de aquellas dos Españas carezca no sólo de lectores, sino también, en muchos casos, de editores, refuerza la paradoja de que tantos españoles que han perdido la cuenta de todos los nazis a los que han visto en su vida sobre una pantalla, declaren estar hartos de una historia de la que en realidad saben muy poco.

Yo sospecho que su hastío no les pertenece, porque es apenas el reflejo de un criterio vago, pero mayoritariamente admitido como principio rector del bien común, que se nutre del propio espíritu de la Transición Democrática y se formula en términos parecidos a esas advertencias que todos hemos escuchado demasiadas veces en nuestra infancia, *¡Niño, eso no se toca!* A la altura de 1975, los cachorros del tardofranquismo y los dirigentes de los partidos democráticos clandestinos sabían mejor que nadie que

éste no era un país normal. Por eso decidieron normalizarlo de una manera peculiar, abrupta y autocomplaciente al mismo tiempo. Pero el impulso de hacer una raya en el suelo para declarar con gesto solemne que a un lado quedaba atrás todo lo antiguo, todo lo vergonzoso, e injusto, y miserable, y al otro empezaba todo lo moderno, lo intrínsecamente digno, y justo, y bueno, se vio reducido sólo a eso, un impulso, un gesto, una raya en el suelo. Faltaron razones, faltaron argumentos, faltó análisis y faltó debate en un proceso del que la teoría se mantuvo ausente a favor de un desafortado protagonismo de la práctica, el vertiginoso glamour de una democracia empeñada en estrenarse continuamente a sí misma y a hacerlo desde el vacío, como si nada, nunca, hubiera sucedido antes en este país inmune a la ley de la gravedad.

Las consecuencias de aquel periodo configuran el escenario de nuestra vida cotidiana. Es indudable, y sería injusto pretender lo contrario, que las instituciones democráticas españolas gozan hoy de una solidez y una estabilidad insólitas hasta ahora por estos pagos. Pero también es indudable, por más que muchos insistan en sostener lo contrario, que aquel proceso tuvo repercusiones morales graves, que en estos momentos, lejos ya de la euforia incontenible de los últimos años 70, se aprecian mucho mejor que entonces. Entre ellas, el resultado de un acto tan simple como contemplar nuestra propia imagen colectiva en un espejo.

Estremecida aún por la emoción de un final que parece directamente extraído de la última estrofa de aquel poema de Cernuda, y pasmada por el asombro de haber visto la primera película de un director de treinta y pocos años, al salir del cine pensé sobre todo en el gigantesco espejo imaginario que *La vida de los otros* ofrece a sus espectadores. Fue entonces cuando volví a experimentar la misma sensación de inferioridad que me había paralizado otras veces ante determinadas películas, determinados libros alemanes. No se trata de una cuestión de competencia técnica, artística, económica o cultural. No es su talento, ni su industria, ni su dinero lo que envidio. Al fin y al cabo, Florian Henckel Von Donnersmarck se ha hecho un hara-kiri simbólico en público por menos de un millón y medio de euros, una ridiculez en comparación con lo que costó *Alatriste*. Y sin embargo, no hay dinero en España

para producir una película semejante. No porque seamos pobres, sino porque no somos normales.

Mientras los españoles sigan declarándose cansados de una historia que no conocen, mientras sigan confundiendo el espíritu de convivencia con el afán de equidistancia, mientras se mantenga la ilusión colectiva de que no hurgar en un pasado terrible equivale a anular sus consecuencias, nuestra propia vida seguirá siendo un simulacro torpe de lo que es en realidad. Mientras tanto, siempre que nos miremos en un espejo, obtendremos imágenes halagadoramente estilizadas y favorecidas, tan hermosas como falsas, de nosotros mismos. Así ha sido hasta ahora la imagen de este país equilibrista, que pretende seguir apañándose para seguir adelante sin desairar nunca a nadie, sin reconocer las responsabilidades ni los méritos de nadie, sin integrarse del todo en su propia tradición democrática ni renegar explícitamente de su propia tradición antidemocrática. Así sigue siendo la imagen de la democracia española, que acapara sin discusión el papel de la única heroína en una película donde, al parecer, nunca han existido los villanos de ninguna especie. Este sería el argumento de «La vida de nosotros», una película muda, porque su verdadero protagonista es el silencio. Un silencio que se pactó para encubrir la verdad y ha acabado suplantando a la propia verdad.

1936, el poema que Luis Cernuda escribió para recordar él mismo y para imponernos a nosotros la obligación moral de recordar, sigue siendo hoy tan hermoso, tan estremecedor, tan emocionante y tan inútil como en 1961, cuando él lo escribió. En aquel momento, los españoles no tenían derecho a disponer de su propia memoria. Ahora lo tienen pero, al parecer, se han cansado de ejercerlo antes de haberlo estrenado. Mientras tanto, los espejos siguen adorándonos y, eso sí, salimos muy guapos en todas las fotos. ¿Eso nos favorece?

Si *Salvador* fuera una película alemana, el verdugo de Puig Antich habría hablado castellano con acento catalán. No creo que, a estas alturas de la historia, nadie hubiera perdido nada con eso. Y sin embargo, estoy segura de que todos habríamos ganado ©